

Ya en mi inútil existencia
sólo el ímpetu moderado
del dolor,
con paciencia y más paciencia,
ese valor verdadero
del valor.

Y hoy que humilde, si antes tierno,
sus culpas el alma mía
va á expiar,
¡perdóname, Dios eterno!
¡Entonces ¡ay! no sabía
sino amar!

Ya en nada inmutable creo
más que en Dios Omnipotente;
y también

en que engaña mi deseo
por llevarme más clemente
hacia el bien.

¡Sí! me lleva al bien cumplido
que busco cual nunca, fuerte,
pues ya sé
que, aunque todo me ha vencido,
hoy venceré hasta la muerte
con la fe.

Y adiós, Juana, que extasiado,
del supremo bien que anhelo
voy en pos.
¿Quién será el desventurado
que sólo mirando al cielo
no halle á Dios?...

LXXVII

LA GRAN BABEL

A DON RAFAEL CABEZAS

I

Refiere el vulgo agorero
que de los cantos del mundo,
el *tarará* fué el primero,
y el *tururú* fué el segundo.

Y hay quien cree que estos sonidos
de *tururú* y *tarará*,
son los últimos gemidos
que una lengua al morir da.

Oye, y al fin de esta historia,
¡dichosos, Rafael, los dos,
si al perder la fe en la gloria,
aun nos queda la de Dios!

II

A un Romano un caballero
regaló un pájaro un día
que, lo mismo que un Homero,
voces del griego sabía.

Y es fama que el patrio idioma
charloteaba con tal fuego,
que al pájaro toda Roma
le llamó el *último griego*.

Si con preguntas la gente
le importunaba quizá

respondía impertinente
el pájaro: — *Tarárá*.

— ¿Qué es *tarará*? — preguntó
lleno el Romano de celo.
Soñó un sabio y contestó:
— ¿*Tarárá*? Patria del cielo.

Que á un sueño hambrienta de fama,
se agarra la tradición,
como un náufrago á la rama
prenda de su salvación.

Después de mucho aprender,
ni al cabo de la jornada
llegó el Romano á saber
que *tarará* no era nada.

Sólo por presentimiento
pudo asegurar un día,
que era el pájaro del cuento
el que más griego sabía.

Y es que sin duda perece,
cual lo mezquino también,
hasta aquello que merece
de Dios y la historia bien.

III

Pues dando á esta historia cima
refiere otra tradición
que siendo virrey en Lima
nuestro Conde de Chinchón,

Le regalaron un día
un loro experto en historia,
el solo eco que existía
de la peruviana gloria.

— ¿Quién fué, le pregunta el Conde,
el primer Rey del Perú? —
Habla el loro, y le responde
en ronca voz: — *Tururú*.

— ¿Sabremos qué frase es esta? —
dice á un sabio el español.
Sueña el sabio y le contesta:
— ¿*Tururú*? Patria del sol. —

El pobre sabio aquí miente,
cual mintió iluso el de allá:
¿quién renuncia fácilmente
á la ilusión que se va?

Toda lengua y toda gloria,
cumplida ya su misión,
se tiende sobre la historia
como un fúnebre crespón.

Pues lo mismo aquí que allá,
en Roma y en el Perú,

como el Griego á un *tarará*,
llegó el Inca á un *tururú*.

¡Paciencia! en queriendo el cielo
nuestras glorias eclipsar,
no nos deja más consuelo
que el consuelo de llorar.

IV

Muy pronto, Rafael, quizá,
por más que de ello te espantes,
cual Homero un *tarará*,
será un *tururú* Cervantes.

¡Cuánto los hombres se humillan
viendo el eclipse total
de estas estrellas que brillan
en nuestro mundo moral!

¡Ay! esta lengua en que está
brillando un vate cual tú,
¿dará fin en *tarará*,
ó acabará en *tururú*?

Corre el tiempo, y confundido
lo grande con lo pequeño,
juntos en perpetuo olvido
los une un perpetuo sueño.

Mas tú, cual yo, á Dios alaba
pues ya sabemos los dos,
que allí donde todo acaba
es donde comienza Dios.

LXXVIII

TODO Y NADA

— ¡Cuánta dicha! y ¡cuánta gloria! —
dije, entre humillado y fiero,
leyendo una vez la historia
del Emperador Severo.

Y cuando á verle llegué
subir á Rey desde el lodo,

— Yo en cambio, — humilde exclamé, —
no fui nada, y nada es todo. —

Mas con humildad mayor,
ví que al fin de la jornada
exclamó el Emperador:
— Yo fui todo, y todo es nada. —

LXXIX

LOS DOS CETROS

1860

Á S. A. R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS (DON ALFONSO XII)

I

Vine un convento á heredar,
y al mismo convento, anejo
un templo á medio arruinar,
donde hallé un santo muy viejo
encima de un viejo altar.

Cogí un bastón que tenía
de caña el santo bendito,
y dentro un papel había
que, por don Pelayo escrito,
de esta manera decía:

II

— Escucha, lector, la historia
del postrer Rey español,
y á los que amengüen su gloria,
les ruego que hagan memoria
que hay manchas hasta en el sol.

Meses anduve cumplidos
del Rey don Rodrigo en pos,
desde el día en que, vendidos,
fuimos en Jerez vencidos
los del partido de Dios.

Hallé al fin al Rey de España
al pie de este santuario,
llevando un cetro de caña,
pobre pastor solitario,
rey de una pobre cabaña.

Y al verme, casi llorando,
Rodrigo habló de esta suerte:
— *Porque te estaba esperando,
no me hallo ya descansando
en los brazos de la muerte.*

*Llegué aquí desesperado,
cuando mi trono se vió
por traidores derribado...
¡Dios les haya perdonado
como les perdono yo!*

*Desde entonces, entre flores,
vagando por los oteros,
recuerdan á mis dolores
el cetro, amigos traidores,
la caña, mansos corderos.*

*Tú, elegido por mi amor
y mi heredero por ley,
escoge aquí lo mejor
entre este cetro de rey
y esta caña de pastor.*

*Sé humilde ó grande. Yo ahora
me quedo á ejercer contento
la virtud que el cielo adora,
que es el arrepentimiento,
que en la sombra reza y llora. —*

Dijo, y siguiendo el destino
de su alegre adversidad,
lleno de un fervor divino,
tomó Rodrigo el camino
de la eterna soledad.

Yo, Pelayo, os doy la historia
del postrer Rey español,
y á los que amengüen su gloria,
les ruego que hagan memoria
que hay manchas hasta en el sol.

¡Dios eterno! ¿y de estas flores
he de dejar los senderos,
recordando á mis dolores
el cetro, amigos traidores,
la caña, mansos corderos?

¡Sí! que aunque mi alma cansada
tomaría de buen grado
el arado por la espada,
tomo por tí, patria amada,
la espada en vez del arado.

Parto, y lo escrito, al marchar,
con la caña al santo dejo. —
Caña que á mí vino á dar
cuando hallé aquel santo viejo
encima de un viejo altar.

Y he aquí por qué suerte extraña
del Rey don Rodrigo, así
han llegado cetro y caña,
grande el cetro al Rey de España,
y humilde la caña á mí.

III

A vos, Príncipe y Señor,
desde la cuna rodeado
de todo humano esplendor,
os escribo ésta, sentado
sobre unas hierbas en flor.

Vinimos por suerte extraña
á un Rey á heredar los dos,
vos su cetro, y yo su caña;
vos el cetro Real de España,
yo el que humilde llevó Dios.

Cansancio ó tedio espantoso
el cetro os dará algún día;
la caña, más venturoso,
al menos ¡ay! os daría
en la oscuridad reposo.

Yo, en vez de Rey desdichado,
seré un dichoso pastor,

pues ya el mundo me ha enseñado
que, entre el cetro y el cayado,
el cayado es lo mejor.

¡Cuánto seréis bendecido
desde mi humilde rincón,
cuando os lleven perseguido,
la calumnía, si vencido;
si vencéis, la adulación!

Cuando yo ande indiferente
por el monte ó por el llano,
á vos os dirá la gente,
— ¡Rey débil! — si sois clemente;
si justifico, — ¡tirano!

¡Cuál será vuestro cuidado,
mientras que todo, Señor,
yo lo olvidaré, olvidado,
en mi trono recostado
de humildes hierbas en flor!

Noble, cual vuestra Nación,
á vuestra Madre imitad,
en cuyo Real corazón,
se aman justicia y perdón,
se abrazan dicha y verdad.

Y Dios, para bien de España,
de su gracia os dé el tesoro,
dado en mi pobre cabaña;
yo, el rey de cetro de caña,
á mi Rey de cetro de oro.

